

generosos. El terror y la muerte todo lo agostan, todo lo aniquilan, los abrojos y las flores. Pedimos la abolición de toda tiranía, porque no queremos que los esclavizadores sean esclavos; pedimos la muerte de todo privilegio, porque no queremos que los privilegiados sepan cuán duro y amargo es sufrir la injusticia de los privilegios; queremos que caigan los cadalsos; que se acabe la guerra del hombre con el hombre; que las revoluciones se realicen allá en las esferas de la ley, sin conmover la sociedad; que los pueblos se unan; que todas las inteligencias abran sus alas á la luz del día; y porque deseamos todo esto, defendemos la verdadera libertad, que es la democracia.

La condición de toda verdadera libertad es la igualdad. Esta santa idea de la igualdad natural de todos los hombres ha sido desconocida, negada en la historia antigua, en la antigua sociedad. La casta por largo tiempo ha rebajado á la humanidad, ha dividido la familia, que Dios creó una en esencia. Existió primero la casta de las razas, pues unos nacían para el poder, otros nacían para la esclavitud, según la cuna que al nacer los había recibido en su seno. Existió después la casta de la patria. El que había nacido en Roma ó en Atenas, ese era hombre; los que habían en otras regiones del mundo nacido, esos eran bárbaros. Existió después, cuando ya el cristianismo había sonreído en la conciencia humana, la casta de la propiedad. El que poseía inmensos territorios, fuertes y murados castillos, ese era hombre, sus trabajadores eran siervos. La injusticia mu-

daba de forma; pero quedaba como una gota de veneno en el fondo de todas esas trasformaciones de la sociedad. La casta de la familia fué la forma social del Oriente; la casta de la patria la forma social del mundo clásico, y la casta de la propiedad la forma social de la Edad Media.

¡La desigualdad humana fué predicada por los genios más hermosos del mundo antiguo, fué sancionada por los filósofos más grandes! Homero justifica la esclavitud; ¡Homero! que andaba pobre y desvalido por los campos y los pueblos; y dice en su lenguaje sublime, que todo hombre, al caer en la servidumbre, deja en manos de Júpiter la mitad de su alma. ¡Ay! al ménos, comprendía el poeta, que solo robando al hombre su alma, puede condenársele á la deshonrosa esclavitud. Platon, el genio más grande, sin duda, de la antigua Grecia, Platon, dado á extasiarse en la contemplacion del mundo oriental, predicó la desigualdad humana y organizó en castas su república. El error más grave de Platon fué querer dar á las castas, no el fundamento de la conquista, ni de la diferencia de las familias, como en Oriente, sino un fundamento psicológico. En todo hombre hay una razon que manda, una voluntad que es el ministro de la razon, y sentimientos que obedecen á la voluntad y á la razon. En toda sociedad debe haber, segun el filósofo, razon, voluntad y pasiones. La razon debe estar representada por los filósofos, nacidos para mandar;

la voluntad, por los guerreros, nacidos para hacer valederas y coercitivas las órdenes de los filósofos; y las pasiones, por los artesanos, por los labradores, por los jornaleros, nacidos para obedecer. ¡Tremenda injusticia, negar la pasion al filósofo y la razon al jornalero! Platon comprendió que, para admitir esta diferencia de categorías sociales, era necesario admitir tambien la diferencia de las almas. ¿Y cómo habia de llegar á este principio tan bárbaro el gran filósofo que habia visto bajar las almas de Dios, y las ideas de Dios? Sin embargo, Platon admite que el alma del filósofo tiene mezcla de oro, el alma del guerrero mezcla de plata, y el alma del artesano mezcla de hierro. Ved á lo que conduce un gran error social; Platon, para fundar su república, necesitó destruir los fundamentos capitales de su filosofía, la unidad del hombre, la inmaterialidad del alma. Pero no solo Platon se engaña; tambien se engaña Aristóteles. La esclavitud es de derecho natural, segun el gran maestro de Alejandro; el esclavo no tiene, no puede tener la misma inteligencia que el hombre libre. Parece imposible: el discípulo conquistador comprendió mejor la naturaleza humana que el maestro, sábio y filósofo. Cuando el gran Alejandro, centelleante de gloria, arrastrado por sus triunfales ejércitos, llevando en sus manos la lira griega y en su jóven pecho inmenso y divino amor, estrechaba contra su corazon palpitante de entusiasmo todas las razas del antiguo

Oriente, y las hacía partícipes de su gloria y de su vida, celebraba sin duda, en medio de su oriental campamento, el primer festín, la primer alborada de una nueva humanidad, fundiendo al vencedor con el vencido, el esclavo con su amo, el griego con el bárbaro, el Oriente con el Occidente, el mundo entero en su inspirado pensamiento.

— Pero la desigualdad continúa. El mundo romano está fundado en la diferencia de castas, *majores et minores gentes*. Pero como la humanidad, al aparecer el mundo romano, ha meditado ya mucho, las gentes menores, los plebeyos romanos, han sentido la idea del derecho en su conciencia, la pasión de la igualdad en su pecho. Y realizan lo que sienten. Por eso la historia romana es el poema, sin duda, más grande que ha escrito el genio del hombre. El pueblo rey pedirá la igualdad en las leyes, la igualdad en el campo de batalla, la igualdad en los comicios, la igualdad en el hogar doméstico, la igualdad en el templo; y poco á poco será cónsul, legislador, pontífice, magistrado; descubrirá los secretos escondidos en las fórmulas de jurisprudencia; pisará el suelo del sacrificio; tomará la espada del capitán para abrir en la tierra surcos donde caigan las nuevas ideas, y subirá hasta la cumbre del Capitolio, y llamará allí á todos los pueblos y á todas las razas de la tierra á participar de su derecho y de su augusta soberanía. Pero en aquel pueblo hubo también hombres que pensaron y creyeron en la des-

igualdad humana. Los orgullosos patricios no podían creer que las comedias de Terencio fueran de Terencio; porque no podían creer que un esclavo tuviese inteligencia. Mas el esclavo se vengó de ellos; porque un día pudo decir en el teatro:

Homo sum, et nihil humani á me alienum puto,

El hombre y pudo ver que hasta los mismos patricios, olvidados de su rango, aplaudían este sentimiento natural de la igualdad humana, encerrado en tan sublimes versos. Y en verdad el sentimiento de la igualdad natural iba poco á poco progresando en el mundo, como todas las grandes ideas. La filosofía estóica predicaba la unidad del género humano; Cicerón decía que el hombre siente amor, caridad hácia el hombre; y Séneca, el gran Séneca sostenía que el sentimiento de compasión, de amor, de caridad debía extenderse á todos los hombres; porque

ubicumque homo est, ibi beneficio locus est.

El cielo debía sellar con un sello divino la idea de igualdad. El Hijo de Dios, rodeado del pueblo, predicaba que todos los hombres son hijos de Dios, que todos ante Dios son iguales, que todos son hermanos; y cuando sentía las primeras angustias de su tristísima agonía, cuando iba á llevar á sus cárdenos lábios el cáliz de todas sus amarguras, pedía al cielo que uniese á todos los hombres entre sí, como el Salvador está unido á su Padre; palabras divinas,

que eran el bautismo de la humanidad regenerada, y la comunión divina de la eterna, de la santa, de la verdadera igualdad entre todos los hombres.

La idea de igualdad durmió en el seno del caos feudal por mucho tiempo, hasta que por fin se despertó en el siglo pasado. Y no se alcanza, y no se comprende cómo la conciencia no ha descubierto ántes esa idea de la igualdad humana. El hombre que se levanta al cielo, retratando en su organización todas las maravillas del universo; coronado por un cerebro, en el cual se oye palpar siempre una idea; iluminado por sus hermosos ojos, radiantes de espiritualismo, que se pierden con su mirar allá en el éther; armado de fuerzas que, aunque débiles, son bastantes á sujetarle todos los seres de las escalas inferiores de la creación; el hombre, cuya voz es más dulce y más suave y más flexible que el cántico del ruiseñor escondido en la enramada, cuya palabra es el eterno comentario de la creación; el hombre debe reconocer que todos los hombres tienen esta misma organización privilegiada, que todos son fundamentalmente iguales en el seno de la madre naturaleza. No hay más que una y sola naturaleza humana.

Y si todos los hombres son iguales por su naturaleza, todos son iguales por su alma. El sentimiento de la caridad, de la compasión, del amor, de la familia es innato al corazón humano; vive en el seno de todos los hombres, de tal suerte, que sin esos sentimientos la vida se evaporaría en lo vacío. La

conciencia protege bajo sus alas, como ángel de paz, el alma de todos los hombres; pues todos sienten y conocen lo justo y lo injusto, y todos tienen, cuando bien proceden, la satisfacción interna, y cuando proceden mal, todos sienten la herida del remordimiento. La razón se alza sobre las facultades intelectuales de todos los hombres; porque no hay ninguno que no tenga idea de lo bueno, de lo verdadero, de lo hermoso; no hay ninguno, por tosco que parezca, que no luzca en su frente el sello divino de una idea. Ahora bien, si todos los hombres son iguales por su naturaleza material, todos son iguales por su naturaleza moral, por su alma.

De aquí, de esta doble idea de la igualdad de los hombres por la naturaleza y por el espíritu, nace esa idea de humanidad, que presintió Alejandro, que Roma realizó en sus códigos, que el cristianismo reveló en su esencia moral; idea superior á todos los tiempos, á todas las diferencias de climas y de razas; idea, que alcanza así al pobre negro dormido en su cabaña de palmas, como al patricio inglés encerrado en su palacio de mármol; idea, que es como el lumínar esplendoroso de las artes, de las ciencias, y que debe encarnarse pronto, muy pronto en las instituciones políticas, para que todos los hombres sean hermanos y reconozcan por único señor, como decía Jesucristo, á nuestro Padre, que está en los cielos.

Se me dirá: «admitís el mismo talento, el mismo

genio en Platon que en el último de los mortales? la misma voluntad en Leónidas que en un miserable cortesano? No, mil veces no. Existe diferencia en la intensidad de la razón, en la intensidad de la voluntad, en la intensidad de la conciencia: esto es cierto, esto es evidente; pero todos tienen razón, todos tienen voluntad, todos tienen conciencia. Los que no la tienen, son desgraciadas excepciones, seres enfermos, que nada dicen contra la regla general. Unos tienen gran genio filosófico, y leen los secretos más oscuros de la conciencia; otros tienen sonriente imaginación, y son poetas, artistas, ángeles que Dios envía á sembrar de flores el camino de la vida; aquellos han nacido robustos y con inclinación al trabajo material; estos han nacido místicos, y sus almas, blancas como las palomas, no saben posarse nunca en la tierra; pero de esta diversidad de inclinaciones, de talentos, de aptitudes, nace la armonía social; y así pedimos, en nombre del derecho, igual libertad, igual consideración para todas las grandes manifestaciones de la inagotable actividad humana.

La idea de igualdad va penetrando en todas las esferas de la vida. Nuestra religión es igual para el pobre y para el rico, para el soberano y para el vasallo. Tenemos, pues, la igualdad religiosa. Nuestra ley moral es una para todos los hombres, una en todos los climas y en todas las zonas de la tierra. Somos, pues, moralmente iguales, porque la ley

moral está promulgada en todas las conciencias. La justicia no es justicia, según el sentir del género humano, si no es igual para todos los hombres. Luego la idea de justicia está basada en la idea de igualdad. La ley civil admite á todos los individuos de la sociedad á los cargos públicos, y promulga para todos sus disposiciones, y llama á todos á unos mismos tribunales. Luego somos civilmente iguales. La Iglesia, cuando va á consagrar la familia por medio del santo matrimonio, no pregunta á los que están de rodillas á sus plantas, si ha nacido el uno en cuna de oro y el otro en cuna de paja, sino si se aman; porque el amor, que es la ley de la naturaleza, á todos iguala. Y esta ley de igualdad llega hasta las últimas esferas de la vida, y la economía política la ha consagrado con una palabra que se llama la libre concurrencia.

Si todo esto es cierto, ¿qué diremos de los escritores que sostienen aun en pleno siglo XIX la desigualdad humana? ¿Qué diremos de los que pretenden separar por un abismo al hermano de su hermano? Mr. Garnier de Casagnac, escritor que vende su conciencia á las malas causas, su voluntad á los tiranos, su pluma al que más la puja, ha escrito (parece mentira! ha escrito hoy, después de estar la libertad y la igualdad consagradas en nuestros códigos, que la esclavitud, la bárbara casta, han sido en la historia, no sólo de derecho natural, sino de derecho divino. Mr. Courtet sostiene que la diferen-

cia de razas explica toda la historia. La esclavitud, dice, de las razas inferiores, de las razas pobres ignorantes, la esclavitud está fundada en la naturaleza humana. Siempre habrá una raza privilegiada por la naturaleza. De aquí va á dar en el absurdo de que no pueden ser felices las sociedades donde todos los hombres son de una misma raza, y que se necesita la existencia de dos razas distintas, una para ser libre, rica, feliz, y otra para ser pobre, esclava y desgraciada. Estos absurdos no necesitan refutación. Mr. Conte, jurisconsulto de grandes conocimientos, aunque de pobres ideas, sostiene que el derecho se modifica según el clima; como si el derecho fuera un fruto de la tierra, y no una ley inmortal del alma humana.

Apartemos nuestros ojos de tantos errores, apartemos nuestros ojos. Yo apreciaré siempre el sentimiento del débil, la razon del ignorante, la amistad del pobre, la proteccion, el cariño del desvalido; porque siguiendo la ley de mi religion, la voz de mi conciencia, veré en todos los hombres, en todos, siempre hermanos, hijos, como yo, de un mismo Dios, y pediré para todos la igualdad santa del derecho.

respeto absoluto á la familia y á su inviolable santuario, que es el hogar doméstico.
 7.° La voluntad debe ser consagrada por el derecho, abriendo un espacio á todas las manifestaciones de la actividad del hombre.
 8.° La razon debe ser consagrada, dejando libertad absoluta á sus dos manifestaciones principales: á la palabra escrita. **XIII.**
 9.° El derecho es anterior y superior al dogma de la soberanía nacional.
 10.° La soberanía nacional, para ser verdadera, debe fundarse en el derecho.

Los principios que acabamos de exponer, son de tal gravedad, que deben reducirse á corolarios, para la mejor inteligencia posible de todos ellos:

- 1.° La sociedad, para ser justa, debe fundarse en el derecho ingénito á la naturaleza del hombre.
- 2.° El derecho es la consagracion de la existencia de la personalidad humana en la sociedad.
- 3.° La personalidad es el hombre mismo, en la totalidad de su sér, en la integridad de las leyes de su naturaleza, con la conciencia de su sensibilidad, de su razon y de su voluntad.
- 4.° El hombre es, pues, sensible, libre y racional.
- 5.° El derecho, siendo la consagracion de la personalidad, debe extenderse á todas las facultades del hombre.
- 6.° La sensibilidad debe ser consagrada con el